

3ª Conferencia "Visión de la Orden para el Siglo XXI"

Dom Etienne de Koutaba

1- Mi visión personal y actual de la Orden creo que es pobre, por la simple razón de que tengo una experiencia igualmente pobre como joven monje y joven superior. En África y en otros lugares también, los proverbios transmiten la enseñanza de que la sabiduría habita en el corazón del anciano. Es él quien guarda el secreto de la tradición, es decir, la transmisión de valores perennes que merecen ser protegidos contra la tormenta de modas pasajeras. Por lo tanto, están inclinados a preservar y proteger la memoria vital de la familia y de la tribu, y los jóvenes deben hacerla crecer: el problema es la relación con esta memoria y el conflicto de interpretación generacional e ideológico. Este conflicto va mucho más allá de la oposición entre jóvenes y ancianos, y abarca otros muchos aspectos, como los de los ricos y los pobres, los cerrados de mentalidad y los abiertos, etc. La historia de la Iglesia y la de la Orden, se escribe en el contexto de este tipo de oposición, que al final puede parecer artificial. Pero, sin embargo, expresan una verdadera dificultad cuando se trata de tener en cuenta lo que Dom Armand llamó «la mediación cultural de la experiencia religiosa».¹

2. Esta dificultad es la de ser capaz de convertirse en ese escriba que extrae lo nuevo de lo viejo, y no al revés, de un modo auténtico. ¡Arte difícil y delicado! Pero la Orden se ha puesto en marcha con aciertos diversos en varios campos como: la liturgia, las observancias, la formación, las estructuras organizativas. Todo esto impulsado por la necesidad de un pluralismo sano que da a las comunidades la oportunidad de beber de la fuente cisterciense con moldes culturales propios. Esta fuente es el ideal de una vida enteramente contemplativa en un clima de auténtica comunión fraterna a la luz de la Regla de San Benito y las enseñanzas de los Padres Cistercienses. Cuando los requerimientos de tantas fragilidades estructurales, personales y comunitarias son imperiosos, el problema seguirá siendo, a pesar de innegables conquistas, la autenticidad de respuestas o soluciones ya dadas o que se elaboran dentro de una Orden íntegramente contemplativa, viviendo en una Iglesia que ahora quiere ser plena y vigorosamente misionera.

3. Se dice que uno de los dones de la juventud es el sentido de la autenticidad. ¡A los jóvenes no les gustaría la falsificación o la traición no reconocida de un ideal defendido y proclamado con énfasis! Viendo la evolución actual de la Orden, parece que la inautenticidad es más o menos evidente: «Nos hemos permitido crear una situación en la que ya no asumimos los sacrificios exigidos por una estricta separación del exterior, pero seguimos aceptando las ventajas, cuando no las reivindicamos.»² ¿Deberíamos revisar nuestro calificativo de 'estricta observancia'? ¡Bastantes observancias ya no son tan estrictas! De hecho, estamos divididos entre la demonización o la exaltación de la cultura, cuyos elementos sustanciales están arraigados en el tiempo, en nuestro tiempo. Buscamos el equilibrio perdido entre valores carismáticos, persona-comunidad, soledad-comunión, silencio-palabra, etc. En vista de la relajación, a menudo excesiva, de ciertas observancias actuales, Dom André Louf afirmó que "hoy es necesaria una reflexión profunda sobre el vínculo entre silencio e interioridad."³ El clamor de ciertas fragilidades / precariedades, no facilita la tensión contemplativa fecunda de estos valores, en cuyo crisol se formó "el humanismo escatológico" de nuestros padres. Esto implica una relación más profunda y renovada pero menos ambigua con la Memoria, en este "giro antropológico" de nuestro tiempo, cuya fantasía y proezas biotecnológicas proclaman lo obsoleto del hombre. Nuestros padres cistercienses promovieron con su humanismo, la libertad de crear una subcultura que los preservara, tanto del rechazo apasionado, como de la aprobación idolátrica de la cultura de su tiempo. Michael Casey cree que "necesitamos una distancia adecuada para desarrollar una libertad que nos permita crear una subcultura propia."⁴ ¿Y por qué la Orden no debería crear un espacio y un programa

¹ Vidas consagradas n°2, Abril-Mayo-Junio, 2015, pp.128-141

² Hna. Collette Friedland, citado por sr. Marie-Pascale Ducrocq, art. "¿Qué futuro para la vida contemplativa?", Vidas consagradas, n ° 3 julio-agosto 2012, pág. 200

³ La O.C.S.O. en el siglo XX, Vol.2, P.206

⁴ Art. 'Un Decálogo benedictino', Collectanea Cisterciensia 73 (2011) 305-320

académico de formación y, por tanto de asimilación y transmisión intelectual coherente de esta subcultura, en lugar de que este esfuerzo se quede como algo más o menos marginal o regional?

4. En África, el crecimiento de la Orden es numéricamente evidente. Sin embargo, su calidad contemplativa es puesta a prueba por muchos factores internos y externos, dependientes de un contexto cultural, socioeconómico, político y religioso marcado por importantes contravalores evangélicos. Pero los agentes patógenos de estos contravalores no son sólo «naturales», sino que también están ligados a la expoliación económica, a la dominación política del continente y, confesémoslo, a su «empobrecimiento antropológico». La combinación de estos factores que influyen en la conducta, alimentando el gusto por el conflicto y el poder en las comunidades, socava la autenticidad de la transmisión de los valores monásticos, y oscurece la originalidad, la diferencia africana, que podría enriquecer otras comunidades, pero que una excesiva occidentalización de la vida monástica podría subestimar o incluso despreciar. Las comunidades africanas deberían tener más libertad para la creatividad en la búsqueda prudente y al mismo tiempo audaz, de fondos económicos y de actividades productivas conducentes a dar viabilidad a sus economías. Lo que está en juego es la atenuación de un ascetismo involuntario, y a veces humillante, de la mendicidad permanente. Se dice que no hay dignidad en aquellos que esperan todo de los demás.

5. La viabilidad de las economías monásticas en África no sólo dará una nobleza evangélica a la pobreza monástica por medio del compartir, sino que sin duda cambiará la problemática de los Padres Inmediatos en nuestra región y tal vez en otros lugares, si esta estructura, más allá de las posibles acomodaciones futuras, está respaldada por el poder de este provechoso "dinero engañoso". Para nuestras propias comunidades existe el desafío de profundizar y mantener la tensión contemplativa a menudo desequilibrada -y con razón- entre ciertos valores del carisma monástico cisterciense.

6. Esta tensión contemplativa se vive en la alianza entre el sueño y la profecía, de la que habló el Papa Francisco, que tiene la virtud de arrancarnos de la obsesión de una simple estrategia o psicología de la supervivencia de las comunidades. Pues «la psicología de la supervivencia priva de fuerza a nuestros carismas, porque nos lleva a «domesticarlos», privándolos de la fuerza creadora original; ésta hace que prefiramos proteger los espacios, edificios o estructuras antes que favorecer nuevos procesos. La tentación de la supervivencia nos hace olvidar la gracia, nos hace profesionales de lo sagrado, no padres, madres o hermanos de la esperanza de la que fuimos llamados a ser profetas. Este clima de supervivencia endureció el corazón de nuestros ancianos privándolos de la capacidad de soñar, esterilizando así la profecía que los jóvenes están llamados a anunciar y realizar.»⁵

7- La Iglesia, la Orden, las comunidades, necesitan testigos esforzados en recoger de la fuente de los padres, la profecía y no solo la fantasía; son testigos carismáticos, pero no avasalladores. Somos quizá cada vez más pobres en general, y especialmente en África, donde la juventud, más numerosa, tal vez todavía no está suficientemente impregnada de la sabiduría monástica. Las almas bien nacidas... no transitan las arterias de los claustros, para ver que su riqueza y su sabiduría no corresponden con su edad. ¡Esto no significa que los otros sean mal nacidos! Ellas tan sólo aguantan aún, entre pruebas humanas, sociales y espirituales, pero también ideológicas, el largo trabajo de un parto que se prolonga. Lo peor a evitar es que la Iglesia, la Orden, las Regiones y las comunidades lleguen a vivir de sus propias promesas más que de la Promesa, de la que las Bienaventuranzas evangélicas marcan el rumbo a seguir. Vivir de la Promesa supone una profunda obediencia de fe, que sufre una cura adelgazante frente a este pulpo con mil tentáculos que es el individualismo personal o colectivo, alimentando el culto grotesco del ego. Los redactores del documento de trabajo sobre "la situación actual del padre inmediato" afirman que "debemos admitir que la influencia del pensamiento y la cultura modernos ha debilitado nuestra visión de Fe en lo concerniente a la autoridad de Cristo presente en la Iglesia y la Orden, creando confusión sobre el significado de la obediencia monástica, tanto para el individuo como para las comunidades." Para esta cuestión, como para tantas otras relativas a las relaciones entre las personas y / o comunidades entre sí y con la autoridad, todo parece suceder a menudo como si la parte fuera superior al todo, como si el espacio fuera superior al tiempo,

⁵ Homilía, 2 de febrero de 2017, Día Mundial de la Vida Consagrada.

y como si el tiempo fuera mayor que la eternidad. Al gozar de una inmanencia recíproca, no se trata en realidad de que entre estos elementos exista una superioridad de grado, sino de naturaleza, que nuestra 'conversatio' en todo tiempo hace resaltar humildemente.

8. Estas dificultades reales no impiden una visión de fe sobre el futuro de la Orden. No se trata de hacer de profeta de calamidades, ni de hacer profecías vulgares o demasiado pesimistas, sino de entrar en un camino de obediencia multiforme; la obediencia carismática siempre es una opción de vida en el Espíritu, y más aún, una opción de vida contemplativa. El Cristo resucitado ya no muere, y es Él quien sin embargo nos permite celebrar diariamente en la fe, con serenidad, los sepelios del yo personal o colectivo que 'muere' para que los otros y nosotros mismos tengamos vida y que la tengamos en abundancia. La obediencia carismática de la que hablo es sinónimo de escucha carismática. Es una escucha del Espíritu y en el Espíritu, siempre polifónica, es decir, respetando y valorando la sinfonía de las diferencias personales y comunitarias. Sólo el Espíritu Santo es el creador del futuro. Nos da el don del futuro allí donde la conversión de las estructuras no ignora la verdadera conversión de los corazones; allí donde el cuidado por la organización no endurece el corazón ni la mente y no enturbia nuestra propia fuente.

